



Proyecto de innovación
Convocatoria 2019/2020

Nº de proyecto 125

Dialogyca: los diálogos como punto de encuentro
Filológico entre lenguas y culturas

Dir. Ana Vian Herrero

DOCUMENTO ADJUNTO A LA MEMORIA

Catalina García-Posada Rodríguez
y Sergio Montalvo Mareca
(Editores)



L E C T U R A S
D R A M A T I Z A D A S
D E D I Á L O G O S

* * *

C U A D E R N O D E
I M P R E S I O N E S

(2014-2020)

Facultad de Filología
Departamento de Literaturas Hispánicas
y Bibliografía



L E C T U R A S
D R A M A T I Z A D A S
D E D I Á L O G O S

* * *

C U A D E R N O D E
I M P R E S I O N E S

(2014-2020)

Lecturas dramatizadas de diálogos
Cuaderno de impresiones
(2014-2020)

Catalina García-Posada Rodríguez y
Sergio Montalvo Mareca (eds.)

MADRID, 2020

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
INSTITUTO UNIVERSITARIO MENÉNDEZ PIDAL

eProMyR

Grupo de Estudios de Prosa Hispánica Bajomedieval y Renacentista

Proyecto INNOVA-DOCENCIA 2019 n° ref. 125

DIALOMOM (PGC 2018-095886-B-I00: MCIU-MCI AEI/FEDER, UE)

ISBN: 2530-8807

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
IMPRESIONES	
Álvaro Martín del Caz	9
Catalina García-Posada Rodríguez	13
Fernando Martín González	21
Gonzalo Cantarero de Salazar	23
Lorena Núñez Pinero	25
Lucía Sanz Gómez	27
Míriam Gómez Vegas	31
ANEXO	
Recuerdos en forma de fotografías	35

Desde 2014, *Dialogyca BDDH: Biblioteca Digital de Diálogo Hispánico* organiza periódicamente lecturas dramatizadas de diálogos breves. Con ello, el grupo eProMyR del Instituto Universitario Menéndez Pidal ha añadido a su labor investigadora la apertura de un espacio de divulgación y enseñanza. Esto ha sido posible gracias a la implicación voluntaria de estudiantes y docentes.

Cuando estas lecturas llevaban cinco años de andadura, el equipo de *Dialogyca*, consciente de su repercusión formativa, decidió solicitar uno de los proyectos Innova-Docencia que convocaba la UCM para el curso 2019-2020. Afortunadamente, la respuesta fue positiva, de tal modo que, durante este curso, hemos desarrollado esta labor con el título del proyecto *Dialogyca: los diálogos como punto de encuentro entre lenguas y culturas* (nº. ref. 125).

A lo largo de los últimos seis años, han participado en estas lecturas dramatizadas diferentes generaciones de estudiantes, quienes, en su momento, se encontraban cursando el *Grado en español: Lengua y Literatura*, el *Máster Universitario en Literatura Española* o el *Doctorado en Lengua Española y sus Literaturas*. Gracias a su esmero e ilusión, han podido tener lugar estos inolvidables encuentros dialógicos. En el presente *Cuaderno de impresiones* se recogen las experiencias de algunos de estos dialoguistas, antiguos y recientes, cuyo testimonio quisimos dejar por escrito a modo de recuerdo, de experiencia y de enseñanza.

LOS EDITORES

I M P R E S I O N E S

* * *

Álvaro Martín del Caz
Catalina García-Posada Rodríguez
Fernando Martín González
Gonzalo Cantarero de Salazar
Lorena Núñez Pinero
Lucía Sanz Gómez
Míriam Gómez Vegas

ÁLVARO MARTÍN DEL CAZ

La primera vez que oí hablar de las lecturas dramatizadas de diálogos fue cuando me invitaron directamente a participar en ellas. Mercedes y Ana fueron las responsables de introducirme en esta fantástica actividad: un breve comentario en clase que despertó mi inquietud. Una breve mención a que la literatura se debe conocer desde dentro. A lo especial del género del diálogo. A su potencial y no exigida dramatización, *id est*, al gran abanico creativo que despliega.

Poco a poco fui asimilando la idea de poder dar forma real, palpable, vivificante, más allá de lo mental, a unos personajes que, además de crear un conflicto dramático, con o sin solución, creaban. Sí, creaban desde dentro. Construían ideas, debatían; con los argumentos de la escolástica o con los de la calle y la experiencia, pero siempre haciendo que el receptor fuese partícipe de la discusión, que el conflicto de ideas se instaurase en su mente hasta llegar él mismo a sus conclusiones. Y es que todo diálogo siempre tiene al pensamiento del receptor como interlocutor añadido. Por ello, pronto me di cuenta de que el texto tenía que ser representado, no tanto por su función escénica (que, en algunos casos, también) sino, sobre todo, por la necesaria inclusión del receptor (que creía debía ser, más que mero lector, espectador o, al menos, oyente).

Así que, con la convicción de que era necesario provocar un salto de los textos al plano real para excitar el pensamiento candente de un público cuya atención era prescriptivo mantener despierta, comencé con las reuniones para la elección y reparto de textos y papeles. De entre la

selección de textos que barajábamos, elegí el *Diálogo entre un caballero y el Eco*. Me parecía muy divertido. Y fascinante: una entidad que difícilmente aparecería como personaje principal en el elenco de una obra teatral se convertía aquí, con solo repetir los últimos sonidos de la palabra previa, en un verdadero protagonista cómico. Todo ello con la genialidad de Catalina, claro, que era quien de verdad le daba su esencia a aquella ninfa enamorada de Narciso, ya que, el mero hecho de conseguir hacer de Eco, ente mitológico con correlato real incorpóreo, un personaje esférico que contase con la complicidad absoluta del público (en las representaciones, muchos de los asistentes terminaban sumándose coralmente a ese eco molesto y criticón), podía considerarse de por sí un éxito inexpugnable frente a la dramaturgia tradicional. Pero había algo que resultaba incluso más increíble, y es que, aparentemente, el personaje no solo carecía de entidad corpórea (los diálogos, además, no tienen acotaciones), sino que estaba desprovisto de toda autonomía discursiva. Pero nada más lejos de la realidad: el caballero medievalizante, ingenuo y cabezota veía en el reflejo sonoro coreado por su escondida compañera, su ridiculez y viva parodia, la crítica a su comportamiento. El texto renacentista realizaba, en forma aparentemente monologada, un somero pero completo recorrido por los tratamientos sociales hacia la amada, con el trasnochado amor cortés como telón de fondo.

La labor de preparación del texto no fue menos completa. La búsqueda de disfraces fue ardua y para el caballero nos basamos en el Calisto de los grabados de algunas ediciones de *La Celestina*, como los de la *Tragicomedia* del taller de Juan Joffre (Valencia, 1514). Asimismo, las

repeticiones de palabras requerían una correcta pronunciación de un español que imitaba al tardomedieval, lo que supuso poner en práctica conocimientos de historia del español y un trabajo de dicción. Pero, más allá del acercamiento histórico, el trabajo que se presentaba más complicado era transmitir ese humor y burla que daban la gracia al diálogo, y a juzgar por la actitud del público, fue todo un éxito.

Decía Ana Vian en sus clases, a propósito del género del diálogo: «lengua cuádruplemente condicionada: por la teoría del estilo; por la argumentación y las partes del diálogo; por los personajes y el tema y, sobre todo, por la verosimilitud y el decoro dialógicos, por la mimesis». Siguiendo con esto, entonces, la lectura dramatizada de un diálogo (por ende, de la mimesis de un intercambio comunicativo) podría entenderse como *actio* de la mimesis o, más bien, como deshacer la mimesis y pasar al verdadero acto comunicativo. Y esta era la verdadera dificultad de la labor escénica: la representación de la comunicación, más aún pretendiendo la construcción del conocimiento, la reflexión o el humor a través de ella. De modo que ahí se encuentra el objeto principal de nuestro aprendizaje: en el paso a la acción y en las condiciones de posibilidad que debían establecerse para que dicho paso fuera viable y, en efecto, potentemente comunicativo.

Así que cuando representé con Julia el diálogo de Rafael Alberti *Se reciben bahías*, tuvimos que hacer por que, además del humor allí presente, el lirismo del contenido pasase también a la forma. Y así, una marea vestida de azul y blanco y una canción de Enrique Morente con letra del

propio Alberti envolvieron la representación. Tanto que de ella se adueñaron, además del desdén administrativo que sufría la bahía, el cariño y la ternura entre el poeta que busca objeto poético marino al que cantar y la candidata que, aunque maltratada a escupitajos, era elegida para ser immortalizada en un soneto.

En fin, en mi breve experiencia como lector de diálogos, o dialoguista, como entre nosotros preferimos llamarnos, he aprendido mucho más de lo que imaginaba cuando me lo propusieron. Desde luego que he conocido y disfrutado las representaciones de mis compañeros sobre maravillosos textos de Luciano, Leon Battista Alberti, Erasmo, Matilde Ras, Carmen de Burgos o algún anónimo en el periódico, pero la organización de las actividades en las reuniones, la elaboración creativa en grupo, el trabajo escénico, la profundización en un grupo de investigación, la asistencia a eventos en alguna librería, el contacto con el mundo clásico a través de las Jornadas Homéricas o el aprendizaje de tanta y tanta bibliografía de la mano de Mercedes Fernández Valladares valen tanto o más que lo que me habían anunciado. Espero poder seguir disfrutando y aprendiendo tanto como estos dos años de un proyecto que, estoy seguro, no ha hecho más que empezar.

CATALINA GARCÍA-POSADA RODRÍGUEZ

Mi entrada en la Facultad de Filología de la Complutense se vio acompañada, entre otras experiencias inolvidables, de mi participación en las lecturas dramatizadas de diálogos, que Dialogyca organizaba aquel curso académico por primera vez. Me había matriculado en el grado de «Español: Lengua y Literatura» después de haberme planteado estudiar Literatura Comparada, Filosofía y Lenguas Modernas. Con ese idealismo que se tiene a los dieciocho años —y que tarda mucho en irse— pensé que en la carrera podría adquirir un conocimiento profundo de la literatura española. Este sentimiento, para cualquier persona que conozca de primera mano el funcionamiento de la universidad, produce sonrisa y ternura. A día de hoy, hemos asumido que no hay tiempo para nada; es algo tan aceptado que ni siquiera nos quita el sueño. Nos dedicamos a la enseñanza y al aprendizaje sin grandes proyectos, pensando tan solo en poder disfrutar del hecho de conocer durante el tiempo que se nos concede. Sin embargo, para la estudiante que se matricula en una carrera por primera vez, cuatro años parecen muchos. Mis nociones fueron cambiando a medida que pasaba de curso, de tal modo que fui descubriendo que uno de los principales obstáculos para el conocimiento son los planes de estudio. En parte, es inevitable, porque hablar de *plan* significa concebir la filología, o cualquier otro campo, como algo rígido y estructurado. A esta estructura no queda más remedio que adaptarse. En medio de toda esta planificación, el ejercicio de la docencia es cada vez más meritorio. Tengo recuerdos imborrables de algunas clases, a las que asistía con la admiración profunda por la experiencia, el peso y la humanidad del profesor.

Enseñar y aprender, en estos tiempos, es heroico. En un momento en el que se valora por encima de todo la rapidez y la productividad, mantener una relación sosegada y desinteresada con el conocimiento es cada vez más difícil. Cada vez cuesta más cultivar un aprendizaje sin un fin determinado. Cuando el concepto de *utilidad*, válido para una carrera de *Administración y Dirección de Empresas* o una ingeniería, se traslada a la literatura o la lingüística, es un desastre. Parece que el aprendizaje en la universidad, en un intento de adaptación a un sistema (que es mucho más que un plan docente: es un sistema económico), termina desembocando en la nada: la nota sobre el papel, la línea que ocupa el título en el currículum, y a correr con lo siguiente. El estudio en la universidad pierde fácilmente su razón de ser; termina supeditándose a ese objetivo final, que nos abre una puerta esencial para poder continuar nuestro camino, pero no nos satisface vitalmente. Nadie pasa el tiempo en un umbral. A veces es frustrante cómo ese límite amenazante, que se acerca inevitablemente y al que debemos llegar en las condiciones adecuadas, distrae nuestra atención de la lección del maestro o la lectura silente. El propio docente se ve amenazado por ese límite, que lo obliga a insertar su conocimiento en una estructura cada vez más disminuida. Parece que no queda espacio en la academia para el aprendizaje con un fin en sí mismo, movido por la curiosidad.

Aunque tenemos razones suficientes para ser pesimistas respecto al futuro de las carreras de humanidades, también tenemos motivos de peso para confiar en la apertura de un espacio alternativo de aprendizaje, fuera de los planes de estudio, pero dentro de la universidad.

Podemos imaginar diferentes modos de abrir este espacio, pero todos ellos surgirán de la implicación voluntaria de profesores y alumnos. Afortunadamente, esto no es solo un ideal. Mi experiencia de seis años participando en estas lecturas dramatizadas me dice que sí es posible organizar una actividad lúdica e instructiva con el esfuerzo desinteresado del alumnado y los docentes. El carácter voluntario de esta actividad ha sido precisamente la clave de su éxito y continuidad. Los estudiantes, que hemos ido variando a lo largo de los años, nos hemos sumado siempre a las lecturas por el mero disfrute. Se nos exigía tan solo asistir regularmente a los ensayos, que tenían lugar en semanas alternas. El entusiasmo hacía el resto. Y, con ello, aprendíamos sin pretenderlo.

El primer año que se organizó esta actividad fue esencial, ya que entonces sentamos las bases de las lecturas que vendrían. Por entonces, contábamos con la afortunada presencia de Santiago, antiguo estudiante de filología, que sabía mucho sobre teatro y nos dio valiosos consejos para la dramatización. Especialmente, nos enseñó a acompañar las lecturas de gestos, tanto durante nuestro propio discurso como cuando escuchábamos al resto de interlocutores, y a sacar partido del espacio. Desde este primer año, hacíamos uso de disfraces. Por entonces yo encarnaba un campechano espárrago triguero que dialogaba con un refinado espárrago de jardín. A ambos nos embutieron en sendos cilindros de tela, verde y amarillo respectivamente, lo cual favorecía la comicidad en nuestro andar, y a lo que se añadía un capirote hecho de goma Eva. Ese año conseguimos muy buenos disfraces, entre los que recuerdo especialmente el de Bahía del Norte, hecho a base de telas con diferentes tonos de azul.

Es importante señalar que, a excepción del presente curso, hemos contado con una financiación muy reducida para este asunto y, pese a ello, hemos disfrutado siempre de un *attrezzo* de primera gracias a las buenas ideas y aportaciones de todos y, especialmente, a las de Mercedes, que guarda un baúl de disfraces privilegiado.

El repertorio de diálogos ha sido siempre variado. En cada una de las lecturas hemos procurado introducir diálogos de diferentes épocas y combinar textos serios con otros más cómicos. Los diálogos de Luciano de Samósata, en la versión castellana de Juan de Aguilar Villaquirán, han sido uno de nuestros éxitos. Si no recuerdo mal, en prácticamente todas las lecturas hemos incluido alguno. El público —y nosotros mismos— estallaba en carcajadas cuando presenciaba el ataque de celos de la diosa Juno por causa de Ganimedes, que tan bien servía la copa a Júpiter... Leímos también en la traducción de Juan de Aguilar el *Abbas et erudita* de Erasmo, donde una mujer instruida y juiciosa dialoga con un abad hipócrita, cuya necedad e inferioridad moral respecto a la interlocutora femenina se veían acentuadas en la dramatización. No puedo hablar aquí de todos los diálogos áureos que leímos, pero sí recordar con especial cariño el *Coloquio entre la mosca y la hormiga* de Juan de Jarava, que interpreté junto a una amiga —de las grandes, como otras amistades junto a las que pude dialogar—, y el cual nos hacía reírnos de nuestros propios defectos.

Han sido muchos los diálogos contemporáneos que hemos dramatizado, la mayoría de ellos publicados en prensa periódica —como, por ejemplo, el diálogo entre los espárragos—, pero voy a destacar algunos de los que

tuvieron más éxito. En primer lugar, todos los de Carmen de Burgos, que parecían mejores a cada lectura; en ellos dialogaban Lucrecia Borgia con una educanda de las ursulinas, Don Juan Tenorio con una feminista o Judas con un cura. También leímos en varias ocasiones un diálogo aparecido en prensa en 1898, *Los botines del duque*, de Antonio Martínez Viérgol, en el cual dos botines conversaban mientras su dueño dormía. Ambos zapatos, derecho e izquierdo, comentaban el convulso panorama político haciendo uso de juegos de palabras relacionados con su propio mundo —el calzado—. El efecto cómico se potenciaba con la puesta en escena que adoptamos: un pequeño teatrillo en el que asomaban dos botines, manejados a modo de marionetas por la misma persona, que fue siempre Míriam, quien modulaba la voz para establecer una diferencia de tono entre ellos. Por último, quiero mencionar el diálogo *Se reciben bahías* de Rafael Alberti, que interpretamos el primer año y recuperamos el presente curso. Tres actrices diferentes han encarnado a la Bahía de este diálogo, quien, decidida a quitarse la vida, habla con el poeta en un deseo de quedar inmortalizada en versos medidos. Según la interpretación, se presentaba ante el público un personaje a veces cómico, a veces introvertido.

Mediante la preparación de estas lecturas nos familiarizábamos, primero, con el género del diálogo, que servía además de hilo conductor para aprender sobre el pensamiento de cada época. En el caso de los textos más antiguos, debíamos prestar especial atención a la lengua, diferente de la actual en la sintaxis y en el léxico, y muy rica en matices. Toda lectura ha requerido siempre un ejercicio previo de comprensión, necesario para no empañar y, por el

contrario, acentuar la caracterización que otorga a cada personaje su propio discurso y el de los interlocutores con los que conversa. Este ejercicio previo repercute en la elección de los gestos, la entonación, el tono de voz, el uso del espacio, la elección de los disfraces y hasta la introducción de música al inicio y final de cada diálogo. Con todos estos elementos escénicos, que hemos colocado siempre al servicio del texto, hemos intentado hacer llegar al público, de la mejor manera posible, el sentido de cada uno de los diálogos.

Hemos participado de manera consecutiva en todas las Semanas de la Ciencia, las Semanas de las Letras, en la Fiesta de las Lenguas y la Traducción, en la Noche de los Libros, en los encuentros mitológicos que cerraban las Jornadas Homéricas —las apacibles tardes de mayo, en los jardines de la facultad; las lluviosas, resguardados en el interior—, en el XI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro —delante de hispanistas de todo el mundo— y en presentaciones de libros, dos de Carmen de Burgos y uno de Matilde Ras, en librerías del centro de Madrid.

Los alumnos que han participado en estas lecturas se han ido sucediendo, pero el trabajo colectivo y el compañerismo han prevalecido en cada una de las generaciones de dialoguistas. Ese ambiente sano y la implicación de cada uno de los estudiantes han sido esenciales para que esta actividad haya podido desarrollarse. Y también lo ha sido, sin lugar a duda, la labor incansable de Ana y Mercedes, que la iniciaron y han continuado impulsándola durante estos años, con el mismo entusiasmo del principio. También ha sido fundamental el trabajo de

María Jesús, sobre todo en los comienzos, quien nos dio la oportunidad de rodar las lecturas fuera de la Facultad. A esto debemos añadir la ayuda de Conso, muy importante en el segundo año, y la colaboración de Alicia, que el primer curso nos ayudó con los disfraces y siempre nos ha invitado a sus encuentros mitológicos. No olvido a María Casas, que estuvo presente en la organización de tantas lecturas, y debo agradecer especialmente la labor de Germán, con quien coordino conjuntamente esta actividad desde tiempos recientes.

Ahora que estoy en primer año de doctorado y hago una tesis sobre diálogo, me doy cuenta de la importancia que ha tenido en esta orientación mi participación en las lecturas. Gracias a esta actividad descubrí un género que me permitiría aunar de la mejor manera mis dos principales intereses, que parecían excluyentes entre sí cuando tenía que elegir en qué carrera matricularme: la historia literaria y la historia del pensamiento. Y estoy encantada de poder continuar mi formación junto a un grupo que no solo transmite saberes, sino también un genuino respeto por el conocimiento y su enseñanza. Confío en que estas lecturas seguirán desarrollándose, con la esperanza de que este espacio de aprendizaje *sin fin* pueda continuar acogiendo a nuevos estudiantes.

FERNANDO MARTÍN GONZÁLEZ

Cuando veo desfilar los árboles al subir por la Avenida Complutense siento la misma emoción. Es una feliz nostalgia, corroboro al llegar a la Facultad de Filología en días como este. Un día más, vamos a preparar unas nuevas lecturas dramatizadas. Los diálogos escogidos pertenecen a distintas épocas (eso siempre), pero los compartiremos con los mismos fines: el aprendizaje y el disfrute.

Los textos parecen ganar valor con cada nueva lectura, con cada dramatización. Así uno aprende a mimar al diálogo, a darle un aire distinto cada vez que sale a la palestra. Los textos, como los amores, necesitan atención y riego. La lectura dramatizada de los mismos requiere trabajo en equipo, escucha activa y compañerismo; conjugar el espíritu creativo y la fidelidad al texto.

Hay diálogos que, al ser verdaderas joyas, requieren un mimo y una atención especiales. Estoy pensando en diálogos renacentistas como los de Erasmo de Róterdam (pero también en contemporáneos como los de Carmen de Burgos), que aun teniendo una faceta lúdica, poseen un fondo sustancial. Son textos escritos para persuadir, fruto de una reflexión profunda. Por ello, humildemente, tratamos de realizar una lectura atenta a las claves de los diálogos para poder transmitir de la forma más eficaz posible la agudeza de las ideas expresadas en ellos, pensando siempre en sus autores y en el público al mismo tiempo.

Como se deduce, la preparación y la realización de estas lecturas dramatizadas va ligada a un aprendizaje constante, tanto de la mano de los compañeros como de las

profesoras; gracias a los recién incorporados y a los que ya han dejado huella. Uno siempre tiene algo que aportar al equipo del que forma parte: así pues, aunque al principio no sepas nada sobre vestuario, quinésica o acompañamiento musical, de todo esto se aprende (y de más) cuando se ensaya y se aprecia el trabajo del resto.

Podría decirse que la familiaridad es muy importante en las lecturas dramatizadas. Por un lado, la familiaridad con los diálogos, de los que te vas apropiando (en el buen sentido de la palabra) casi sin darte cuenta, incluso cuando no te toca representarlos, ya que uno se empapa de la forma que tienen los demás de leer los textos e interpretar a los personajes, en un proceso de enriquecimiento mutuo. Pero también familiaridad con el grupo, en el que coincides con buenos amigos, admiradas profesoras y personas amantes, como un servidor, de la Filología; gente con ganas de compartir ideas, experiencias y puntos de vista que no dejan de sorprender.

Los diálogos literarios forman parte de nuestro patrimonio cultural, de una herencia valiosa que se renueva con cada lectura, de unos testimonios vivos a expresar en cada dramatización, realizada con unas ganas de comunicar que no cesan, al igual que no se agotan los personajes y las reflexiones de los diálogos que están esperando ser rescatados o actualizados en cada lectura. De ahí toda nuestra dedicación y compromiso.

GONZALO CANTARERO DE SALAZAR

El transatlántico Hollandia navegaba hacia las costas del Brasil. Usted, Rubén Darío, había avanzado hasta el mascarón de proa. Inmóvil, era usted el mascarón. Su parecido con la esfinge, más acentuado que nunca. (Javier Bueno, *Diálogo con el que se fue*).

De esta manera daba comienzo el primer diálogo que representé en el Salón de Grados de la Facultad de Filología. Después de mucho ensayar con mis compañeros y de ataviarme como era debido para representar al nicaragüense, tenía que salir a escena intentando no trabarme al hablar, pensando no saltar de una intervención a otra, aparentar tranquilidad; y lo más difícil de todo, sacar y beber de la petaca que guardaba en mi bolsillo en el momento preciso y sin excederme con el trago. Afortunadamente, todo salió a pedir de boca, lo que me dio confianza para continuar realizando las dramatizaciones durante algunas jornadas más. La vergüenza fue desapareciendo, aunque siempre tuve algo de nervios antes de comenzar las lecturas, como es normal viendo el conjunto de actores que tenía alrededor y el tiempo y ganas que le dedicaban todos. Había que estar a la altura de todo este trabajo que había detrás. El grupo que se formaba entre alumnos y profesoras era de lo más afable y divertido; siempre conseguíamos lucir unos entretenidos diálogos junto a unos disfraces bien pensados, que disfrutábamos tanto nosotros como el público.

Poco a poco los alumnos íbamos cambiando, al igual que el reparto de personajes que representábamos, siendo posible tomar la voz de otros protagonistas. Después de encarnar a Rubén Darío durante algunas veces más, pasé a ser el barquero Caronte, el cual personifiqué en el mismísimo Paraninfo con una túnica y un remo de los que me apoderé para tal momento —gracias a nuestra amistad con la profesora Alicia Esteban—. Sin duda, este diálogo de Erasmo fue el más bonito de representar para mí, aunque también requiriera de una mejor preparación y necesitara de una mayor expresividad que yo nunca había sido capaz de reflejar. Más tarde, viendo que los tres de siempre —Catalina, Fernando y Míriam— no fallaban a la cita, no pude negarme a participar como Judas en mi última intervención, un personaje que, por primera vez, me venía al pelo. Mucho había cambiado mi forma de entender la dramatización, no necesitaba tener en la cabeza tantas instrucciones que me obligaba a memorizar en las primeras representaciones. Ya era capaz de hacerlo de una manera más natural, presentando una voz más segura y sin forzar una actuación.

Al final, después de preparar varios diálogos, era más consciente de la manera en la que el texto debe verbalizarse, pasando de la tinta a la palabra, una práctica que considero de gran importancia en la formación filológica, y que, gracias al proyecto de Dialogyca BDDH, los alumnos pudimos ejercitar. Es a través de esta práctica como conseguimos que el texto literario se manifieste en su forma oral, revelando la voz humana que encierra en sí y llevándolo a su máxima expresividad y vitalidad.

LORENA NÚÑEZ PINERO

Antes de encarnar los papeles de erudita y de monja del Renacimiento no sabía casi nada del diálogo ni de cómo se había utilizado este género a lo largo de la historia. Tampoco sabía nada sobre las eruditas o las monjas del Renacimiento. Mi amiga Lucía me habló del grupo de lecturas dramatizadas de Dialogyca BDDH, que hacía varias representaciones al año, y me animó a participar en él. La idea de leer y dar vida a diálogos me entusiasmaba por sí sola, pero no lo hacía tanto el hecho de que fueran diálogos, algunos de ellos, tan antiguos. ¿Tendrían esos textos sentido del humor? ¿O sentido a secas para nuestros oídos modernos? ¿Llegarían a la gente que acudiera a la representación o solamente a la selecta secta de eruditos expertos en la época del diálogo?

Resulta que en el siglo XVI ya se había inventado el sentido del humor, aunque los libros de historia no hablen de ello. Los diálogos eran muy divertidos. También es cierto que la finalidad con la que se habían compuesto no coincidía con la finalidad con la que nosotros íbamos a representarlos y tampoco el público era el mismo. Había que abreviarlos en algunos casos, ya que el público moderno no digería muy bien las digresiones sobre la virginidad de la Virgen y era intolerante a las materias metafísicas. Respetábamos la lengua antigua siempre que se podía. Hacer esto y hacer las adaptaciones del texto para los espectadores modernos era todo un reto. Era filología en estado puro y, como pocas veces ocurría en la facultad, en estado práctico.

Hacíamos nuestras reuniones en un lugar sagrado: el templo del libro, el Seminario de Bibliografía de la Facultad.

Allí practicábamos la lectura de todos los personajes, pensábamos juntos sobre el texto, los gestos y los movimientos en el escenario, sobre los disfraces y otros atrezos.

No íbamos a sacar dinero de las lecturas dramatizadas y eso avivaba nuestro ingenio. No era el beneficio futuro lo que nos juntaba allí, ni un sobresaliente o una matrícula de honor, ni tampoco el futuro estrellato... Habría distintas motivaciones, pero no desde luego esas. En mi caso, ya lo he dicho: en principio era el gusto por leer y dar vida a textos. Luego fue el interés por esos textos en concreto y la filología que hacíamos con ellos. Pero también fue el placer de reunirme con gente para hacer algo que no estaba mandado. Algo que, además, nunca había tenido la oportunidad de hacer. No había hecho antes lecturas dramatizadas de textos delante de un público. Me gustaba mucho, además (siempre me ha gustado), disfrazarme. El compromiso con la tarea se fue haciendo más grande a medida que conocíamos los textos: queríamos que la gente pudiera disfrutar de ellos como nosotros lo estábamos haciendo.

No hay muchas iniciativas de este tipo en la Universidad y creo que deberían apoyarse, no dejarse morir poco a poco por falta de medios, o porque haya siempre la misma gente que se deslome por luchar contra la burocracia, contra el tiempo y otras circunstancias para sacarlas adelante. ¿No debería la Facultad de Filología alimentar la filología y hacerla crecer? ¿No debería usar todos los medios a su disposición para despertar la pasión por leer y escuchar los textos?

LUCÍA SANZ GÓMEZ

Las lecturas dramatizadas de diálogos han estado presentes a lo largo de mi propio camino en la universidad. De una u otra manera me han acompañado en los últimos años, que han sido —por otra parte— particularmente decisivos: he ido superando etapas académicas y tomando decisiones que han definido mi presente personal y profesional. Aunque no lo había pensado de este modo hasta ahora, las lecturas han sido testigo de mi propia evolución, de mis cambios de parecer y de mis intereses y deseos a lo largo del tiempo. Aunque bien mirado, en bastantes momentos han sido mucho más que un testigo mudo. Al repasar estos días el buen repertorio de recuerdos que conservo, me he dado cuenta de que han dejado en mí una huella más profunda de lo que en un principio pude sospechar.

Las lecturas comenzaron cuando aún estaba cursando el grado. Me involucré en ellas desde el principio. Además de coincidir con algunos compañeros de promoción, conseguí convencer a Lorena y Santi, dos amigos de toda la vida, para que participaran con nosotros. Santi había estudiado teatro y el año anterior nos había dado clases a varios amigos, así que pensé que podría echarnos una mano con la puesta en marcha del proyecto. Y así fue: Santi nos ayudó a analizar el texto con ojos de dramaturgo, a colocarlo en el espacio y en el tiempo, a introducir elementos gestuales, a dar voz y cuerpo a los personajes y, en definitiva, a liberarnos un poco del papel. Me impresionó especialmente tomar consciencia de cómo el texto dramático puede cobrar vida y de la cantidad de recursos explícitos y

no explícitos que nos brinda para llevarlo a cabo. Supongo que, hasta entonces, no había tenido la oportunidad de experimentarlo de forma tan viva. Por mi parte, hice un gran esfuerzo por superar mi timidez. Lo sentí más como un ejercicio positivo que como una victoria absoluta en el terreno, pues siempre he creído que mis limitaciones eran evidentes. Es más, reconozco que nunca llegué a sentirme del todo cómoda actuando, aunque sí era consciente de que en algunos momentos superaba cierta rigidez y de que, más allá de la actuación en cuestión, lo que hacíamos tenía un enorme potencial para ganar seguridad y recursos en la vida cotidiana. Además, el estudio del diálogo como género literario empezaba a interesarme, aunque por aquel entonces no sospechaba que acabaría convirtiéndose en uno de los ejes principales de mi tesis doctoral.

Más adelante, durante la etapa en la que estudiaba el Máster de Investigación en Literatura Española, la manera en que continué involucrada en las lecturas fue a la par de mis estudios e inquietudes. Por aquel entonces se despertó mi interés por la aproximación a los textos desde un punto de vista histórico-literario. Recuerdo que ese año participamos en la selección de diálogos, lo cual me permitió leer mucho más y poner esas lecturas en relación con lo que estaba estudiando e investigando: justamente un diálogo. Mi familiaridad con todos los integrantes de Dialogyca BDDH crecía, pues llevábamos ya varios años juntos y el sentimiento de pertenencia a un grupo era cada vez más intenso. Esto coincidió con la marcha de mis compañeros de promoción y con la llegada de sangre nueva y muy fresca. Se unieron al grupo algunos alumnos más jóvenes, con

mucha energía, nuevas ideas y propuestas que me encantaba escuchar.

Mi última participación en una lectura dramatizada fue en el congreso de la AISO, en el verano de 2017. Recuerdo la actuación en el Paraninfo, con trajes, luces y música mucho más elaborados que en los inicios, el calor sofocante del verano, los nervios del ensayo general, el bullicio de la gente que llenaba la facultad aquellos días... La evolución con respecto a las primeras lecturas era tremenda, de algún modo nos habíamos ‘profesionalizado’. Recuerdo, además, haber estado más relajada que nunca durante la actuación, las risas ocasionales del público... llegué en algún momento a disfrutar verdaderamente de la emoción del escenario. Por aquel entonces había comenzado ya mi tesis, que consiste, nada más y nada menos, que en la edición de un diálogo. Dialogyca BDDH se había convertido en mi ‘familia’ dentro de la Universidad, que empezaba ya a ser mi lugar de trabajo.

Aunque entonces me despedí de la participación en las lecturas, he seguido su andadura como espectadora y he intervenido en algunas de las actividades en las que tienen lugar. Me asombra la creatividad y madurez de los alumnos que participan. Y me emociona escucharlos y escuchar los textos a través de sus interpretaciones. No sé por qué, pero siempre tengo la sensación de que cada vez lo hacen mejor. También disfruto al ver cómo algunos de esos alumnos que empezaron después que yo han terminado ya el grado y han trazado su camino académico con una vinculación a veces muy intensa con Dialogyca. Este último año he podido dar clase a algunas de las nuevas incorporaciones, lo que me ha

llevado a encontrarme a mí misma en un lugar diferente dentro del grupo. Ha sido una suerte poder apreciar otros matices sobre todo lo que implica una actividad como nuestras lecturas dramatizadas.

MÍRIAM GÓMEZ VEGAS

Pero callad.

Quiero deciros algo.

Solo quiero deciros que estamos todos juntos.

Jaime Gil de Biedma

Cuando recibí la notificación del correo electrónico que nos escribió Catalina, seguramente yo estaba en algún punto de la TMB de Barcelona. Llevo aquí casi dos años, pero Madrid, la Facultad de Filología y su grupo de «dialoguistas» siguen siendo lugares queridos a los que regreso cada cierto tiempo. Por eso acepté con ilusión contribuir con estas líneas al relato de nuestra experiencia juntos.

Entré a formar parte de este proyecto por una bonita mezcla de azar y buena suerte; es decir, por ser amiga de Catalina desde los primeros días de nuestra carrera. Necesitaban a alguien para suplir una baja de última hora y yo, que siempre abro la puerta a esa buena suerte apuntándome a todo, acepté interpretar el que me pareció un curioso papel: el de Eco. Resultaba que aquel simpático grupo de estudiantes y algunas profesoras ensayaba y dramatizaba textos dialógicos. A la leve timidez de conocer a un nuevo grupo de personas se le sumaba la de actuar en público. No lo recuerdo con claridad, pero debió de resultarme extraño —y atractivo— descubrir progresivamente lo que ahora guardo como una bonita enseñanza de juventud: el castellano renacentista trascendiendo el ámbito de la lectura privada, silenciosa, e incluso esforzada, al que instintivamente adscribía a causa de su presunta oscuridad y lejanía. El léxico y la sintaxis que a

mis diecisiete o dieciocho años percibía como estrictos objetos de estudio y de culto, como piezas antiguas que observar tras la vitrina de un museo, cobraban vida y temperatura al encarnarse en nuestras voces y en nuestros gestos. Poco después se uniría Fernando, entrañable y querido colega, amigo, como Catalina, desde el principio. Lo cierto es que nuestros días en la facultad estuvieron llenos, principalmente, de hermosos hallazgos.

Aunque cuando imaginé por primera vez este texto yo debía de estar en algún punto de la TMB de Barcelona, las excepcionales circunstancias que nos aguardaban y mi afán de procrastinación me han llevado a componerlo en pleno estado de alarma, desde el aislamiento domiciliario en que todos nos encontramos. Es un curioso ejercicio repensar y referirse a rincones queridos de la vida —rincones especialmente poblados, compartidos— en estas condiciones. Casi como cuando se lee un pasaje bien escrito y revestido de ternura, aparecen en la memoria fragmentos de los días compartidos entre ensayos, bambalinas y funciones. Por ellos transcurrieron durante años caras que fueron cada vez más queridas y familiares, personajes únicos de esa cotidianidad que acabamos creando a base de poner en común el afecto y con él, nuestras inquietudes, planes y aprendizajes. «Un destino condujo diestramente / las horas y brotó la compañía». Buena parte del sentimiento de familiaridad que impregna cualquiera de nuestras anécdotas se lo debemos, sin duda, a nuestras queridas profesoras María Jesús, Consolación, Mercedes y Ana. Además de habernos brindado clases apasionantes, con ellas hemos compartido, colectiva e individualmente, momentos inolvidables que abarcan desde divertidas celebraciones a

tribulaciones cruciales («y en el recuerdo / el júbilo es igual a la tristeza»). Haberlas conocido supone para mí un valioso consejo: el de la vocación ejercida desde el trabajo duro, el rigor y la sabiduría, pero que también apuesta con firmeza por el cariño y la búsqueda cooperativa del conocimiento, por espacios colectivos y horizontales como el que fue y sigue siendo nuestro grupo de ‘dialoguistas’.

Una de las últimas veces que me fue posible estar en algún punto de la TMB de Barcelona, leía sobre la necesidad de crear comunidades intelectuales desde las que resistir a las lógicas descarnadas e individualistas que vienen configurando nuestra academia. Pensé en la propuesta de Catalina y en la buena suerte que me ha llevado a vivir esta experiencia compartida que, si bien antes era más cotidiana, sigue su curso a través de la comunicación digital y mis visitas esporádicas. En la TMB y con mis libros de poesía contemporánea y estudios culturales, me invade esa dulce melancolía de seguir creciendo lejos de donde una creció y fue feliz. También la gratitud de saber que se ha recibido una valiosa educación en casa y que con ella puede irse a cualquier sitio. *Abrazos a repartir.*

A N E X O

* * *

RECUERDOS EN FORMA DE
FOTOGRAFÍAS

XIV Semana de la Ciencia y la Innovación (noviembre de 2014) y *V Semana de las Letras* (abril de 2015).

Universidad Complutense de Madrid. Salón de Grados de la Facultad de Filología y Filosofía (edificio A).



Lectura del *Diálogo de los siglos*, de Matilde Ras (1915).



Lectura de *El espárrago de jardín y el espárrago triguero*, de “ENE” (1905).



Primera generación de dialoguistas (2014-2015). Foto de grupo.

Encuentros mitológicos en el *Jardín de Ártemis* (colofón teatral de las *Jornadas Homéricas*). Universidad Complutense de Madrid. Jardines de la Facultad de Filología y Filosofía (edificio A). 2014-2019.

Mayo de 2016. Lectura de *Juno y Júpiter*, de Luciano, en la traducción de Juan de Aguilar Villaquirán (1617).



Mayo de 2019.
Lectura de *Doris y Galatea*, de Luciano, en la traducción de Juan de Aguilar Villaquirán (1617).



Mayo de 2019. Lectura del *Coloquio entre un caballero llamado Silverio y el eco que le responde a su propósito agudamente* (1551-1580).



Mayo de 2019. Foto de grupo.

VII Semana de las Letras (abril de 2017). Universidad Complutense de Madrid. Salón de Grados de la Facultad de Filología y Filosofía (edificio A).



Sala trasera del Salón de Grados, a modo de vestuario. En el centro, estudiante disfrazada de erudita del siglo XVI, preparada para representar el *Abbas et erudita* de Erasmo de Rotterdam.

Lectura de *Rubén Darío*, de Javier Bueno (1965).



Participación periódica en la *Semana de la Ciencia*.
Universidad Complutense de Madrid. Salón de
Grados de la Facultad de Filología y Filosofía
(edificio A).



Noviembre de 2017.
Lectura de *Los botines
del duque*, de Antonio
Martínez Viérgol
(1898).



Noviembre de 2017. Lectura
de *Juno y Júpiter*, de Luciano,
en la traducción de Juan de
Aguilar Villaquirán (1617).

Noviembre de 2017.
Lectura del *Coloquio de la
mosca y de la hormiga*, de Juan
de Jarava (1544).



Noviembre de 2018. Lectura de
Rubén Darío, de Javier Bueno (1965).



Lectura de *Doris y Galatea*, de
Luciano, en la traducción de Juan
de Aquilar Villaquirán (1617).



Noviembre de 2018. Lectura de *Virtus Dea*, de Leon Battista Alberti, en la traducción de Juan de Aguilar Villaquirán (1617).



Noviembre de 2018. Lectura de *La lealtad. Diálogo entre Judas y el cura de un pueblo*, de Carmen de Burgos (ca. 1911).



Noviembre de 2018. Lectura del *Coloquio entre un caballero llamado Silverio y el eco que le responde a su propósito agudamente* (1551-1580).



Noviembre de 2018.
Lectura del *Diálogo
irracional*, de Matilde Ras
(1915).



Noviembre de 2018. Lectura de
*El espárrago de jardín y el espárrago
triguero*, de “ENE” (1905).



Noviembre de 2019. Lectura del *Abbas et erudita* de Erasmo de Rotterdam.



Noviembre de 2019. Lectura de *Se reciben bahías*, de Rafael Alberti (1931).



Noviembre de 2019. Lectura de *El nuevo zaragozano* (1938), de “E. G. G.”.



Noviembre de 2019. Lectura de *Diógenes y Hércules*, de Luciano, en la traducción de Juan de Aguilar Villaquirán (1617).

Presentación del libro *Cuentos de la Gran Guerra*, de Matilde Ras, editado por María Jesús Fraga (editorial Renacimiento, 2016). Madrid, librería *Sin Tarima*.
Noviembre de 2018.



Los diálogos de Carmen de Burgos: algunos homenajes.



Homenaje a Carmen de Burgos en la librería *Cervantes y compañía* (Madrid). Lectura de tres diálogos pertenecientes a *La voz de los muertos* y club de lectura en torno a *La mujer fría y otros cuentos*. Marzo de 2018.



Carmen de Burgos en la *Fiesta de las lenguas y las letras*. Universidad Complutense. Aula Américo Castro. Mayo de 2018.



Presentación del libro *La voz de los muertos*, editado por María Jesús Fraga y Ana Vian (editorial Torremozas, 2018). Librería Sin Tarima (Madrid). Febrero de 2019.



Carmen de Burgos en *La Noche de los libros*. Lectura de *La lealtad. Diálogo entre Judas y el cura de un pueblo*. Abril de 2018.

Participación de *Dialogyca* en el XI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro (julio de 2017). Universidad Complutense. Paraninfo García Morente (Facultad de Filología y Filosofía).



Lectura del *Diálogo de una monja descontenta y su eco*, de Sebastián de Horozco (1551-1580).



Lectura de *Juno y Júpiter*, de Luciano, en la traducción de Juan de Aguilar Villaquirán (1617).



Caronte remando en su barca
(Erasmus de Rotterdam, *Carón*,
trad. Juan de Aguilar
Villaquirán, 1617).



Doris en disputa con Galatea (diálogo de
Luciano en la traducción de Juan de
Aguilar, 1617).



Mosca pronunciando un
parlamento en su defensa y en
contra de la hormiga (Juan de
Jarava, *Coloquio de la mosca y de la
hormiga*, 1544).



Foto de grupo. Aplauso final.

Este cuaderno,
que contiene las
impresiones de
algunos de los dialoguistas
que han participado en las
lecturas dramatizadas de Dialogyca BDDH.
Biblioteca Digital de Diálogo Hispánico,
desde el año 2014 hasta la actualidad,
se terminó de elaborar durante
el mes de junio de 2020,
gracias al trabajo
y al cariño de
sus
participantes.

Proyecto INNOVA-DOCENCIA 2019 nº ref. 125
DIALOMOM (PGC 2018-095886-B-I00: MCIU-MCI AEI/FEDER, UE)
eProMyR
Grupo de Estudios de Prosa Hispánica Bajomedieval y Renacentista
Instituto Universitario Menéndez Pidal (UCM)



INSTITUTO UNIVERSITARIO
MENÉNDEZ PIDAL

